aroma y de frescura, del mismo modo que nuestra buena Inés, ha nacido de unos padres ingratos y de duro corazon. ¡Quiera Dios que no seas tú el cardo amargo é hiriente que haya brotado del seno de aquel rosal del cielo, á quie llamé tambien con el dulce nombre de Margarita!

II

Reprensiones.

Reinó el silencio despues de pronunciar la anciana estas palabras, tan sábias en su misma sencillez, tan tiernas á pesar de su misma severidad: Margarita, con los ojos fijos en el cielo, parecia buscar en él la sombra de su madre, en tanto que la abuela, oprimida por la solemnidad de su propio razonamiento, volvia á tomar su labor, en la cual trabajaba casi maquinalmente.

Cantaban los pájaros en la copa del castaño, y las ranas asomaban sus pardas cabezas en la márgen del arroyo, para mirar la luna, que ya se levantaba á lo lejos detrás de la parda loma del Moncayo.

—¡Madre! gritó de repente y á alguna distancia la robusta voz de un hombre.

Palideció la jóven al escuchar aquel acento, y dijo echándose en los brazos de su abuela:

—¡Mi padre!

—Aquí estamos, Benito, respondió la anciana, debajo del castaño: y luego, dirigiéndose

á Margarita, que se habia vuelto á sentar á su lado, añadió:

—¿Es posible que ha de darte miedo tu padre? ¡Eso es una vergüenza!

—¿No vé Vd. que me está regañando contínuamente, abuela?

—Cuando hay razon en las reprensiones, se tienen presentes para enmendar nuestras faltas; cuando son injustas, se oyen con paciencia y en silencio, y se sufren por amor de Dios.

Al acabar de pronunciar la anciana estas palabras, apareció un hombre en la calle de árboles entoldada de parras.

Era alto, robusto y atezado, no pudiendo pasar su edad de los cuarenta y cinco años: sus facciones, muy pronunciadas, eran duras y enérgicas: llevaba unos calzones de lino, muy blancos, y sobre estos, otros de pana azul, como su chaqueta, adornada con botones de plata ennegrecida por el uso.

Un pañuelo enrollado de seda carmesí, con flores negras, rodeaba su cabeza, cubierta de cabellos entrecanos.

Este signo prematuro de vejez y la expresion amarga y melancólica de las facciones de aquel hombre, anunciaban que habia sufrido algun terrible dolor de corazon que habia dejado, así en su cuerpo como en su alma, profundas é indestructibles huellas.

—Buenas tardes, madre, dijo cuando estuvo

cerca de la anciana: buenas tardes, hija mia.

Y la ruda fisonomía de aquel hombre se dulcificó como por encanto.

—Bien venido, hijo, contestó la anciana: ¿se ha trabajado mucho?

—Bastante, madre: he llevado diez talegas de trigo desde casa al molino.

¡Pero Benito! ¿no tenemos dos criados que hagan todo eso? ¿Cuándo querrás descansar un poco?

—Madre, contestó Benito enjugándose la frente bañada en sudor con un pañuelo de cuadros azules que sacó de su faja de seda morada: los criados trabajan tambien, porque nuestra labranza cada dia prospera más, á Dios gracias, y hay quehacer para todos.

—Nuestra labranza prospera gracias á tí, Benito, y ya que la has puesto en tan buen estado, es muy justo que descanses un poco: busca más peones, ó toma, si es necesario, más criados.

—No, no, madre, contestó Benito: yo necesito trabajar: bien sabe Vd. que lo he hecho desde niño, y hoy me es provechosa, indispensable, la ocupacion contínua, porque... con ella olvido...

El honrado labrador, al decir estas palabras, enjugó con el dorso de su callosa mano una lágrima que asomaba á sus ojos. Despues, como si su pensamiento se hubiera vuelto naturalmente hácia su hija, fijó en ella la vista.

La jóven parecia absorta en una contemplacion profunda, y dejaba vagar sus miradas hácia su izquierda, donde á través de las blancas chimeneas de la cercana aldea y de las alquerías vecinas, se destacaban las torrecillas de un antiguo y soberbio castillo señorial.

Los ojos de Benito siguieron la direccion de las miradas de Margarita, y bien pronto adquirieron aquellos una severa expresion.

—¿Hasta cuándo pensarás darte la vida de una señorita? dijo con voz de trueno, y dirigiéndose á su hija.

Volvióse ésta sobresaltada, y sus mejillas se cubrieron de púrpura, como si la hubiese ruborizado que la sorprendieran en medio de su estática contemplacion.

—Benito, le mandé yo que deshojara flor de malva, dijo la abuela.

Mas valiera, madre, que la mandara usted hilar ó recoser la ropa de la familia: su madre lo hacia y tenia, como ella, las manos blancas y el talle delicado.

—Es verdad, hijo mio; pero ahora está Inés, á quien le gustan todas las faenas pesadas, y es más á propósito para ellas.

—¿Y por qué se pone mi hija todos los dias la ropa de los domingos? ¿Qué dirán de mí, que lo consiento, cuando no soy más que un pobre labrador, dueño solo de dos tablares de tierra, y de la mitad de un molino?

—Saben que la abuela Cecilia es rica, hijo mio, que vivís conmigo, y que todo lo suyo es tuyo y de tu hija mientras viva, y despues de muerta.

—Madre, contestó Benito; por más que usted diga, me irrito de ver á mi hija con zapatos de raso, medias de estambre fino, y cintas en el pelo, cuando Vd. calza cordoban y algodon vasto, siendo la dueña de la casa: ella, además, no sirve para nada: si Inés está de lavado, tiene Vd. que hacer el almuerzo para los peones y para mí, en tanto que ella se pasa el dia haciendo ramos de rosas: no hila, no cose, no limpia la casa, no quiere hacer queso, ni batir manteca, ni aderezar embutidos. Madre, esto no puede seguir así, porque si Miguel, su prometido, llega á conocer lo que vale esta muchacha, rehusará casarse con ella, y lo mismo harán todos los mozos de la aldea.

—Eso no, hijo mio, repuso la anciana Cecilia, herida en lo más vivo de su amor maternal: no hay un jóven en cuatro leguas á la redonda que no se tuviera por muy dichoso en casarse con Margarita, y tú eres injusto con decir que no vale para nada: yo sé lo bien que cuida el gallinero y el corral: además, me peina á las mil maravillas, y ayer mismo acabó de bordarme un pañuelo blanco, lo más primorosamente que te puedes figurar.

La cariñosa madre pidió perdon á Dios in-

teriormente de esta piadosa mentira, que evitaba á Margarita las reprensiones de su padre, y á este un disgusto mortal.

—Si eso es verdad, repuso Benito, ménos mal: quiero que Margarita sea lo que fué su madre, una buena hija y una jóven honrada, primero: una buena esposa y una madre ejemplar despues: y le ruego que, desde mañana, la obligue Vd. á vestir de cúbica y cotonía como viste Vd.: esos humos de señorita me son odiosos: pues debe contentarse con estar prometida á Miguel, el mejor mozo, y el hombre más trabajador y pundonoroso de la aldea.

—¡Madre Cecilia, la cena está en la mesa! gritó á la puerta del huerto una voz atiplada.

—Allá vamos, Marianillo, respondió la anciana.

—Ven acá, dijo á su vez Benito.

La persona á quien se dirigia este mandato, obedeció algo mohina, porque se oyó el ruido de unos pasos arrastrados lentamente por entre los tablares de verdura.

A pesar de su poco deseo de llegar, bien pronto apareció un muchacho como de unos catorce años, bajo de estatura, pero gordo, y rubio como unas candelas.

—¡Anda listo, mándria! dijo Benito con voz fuerte y severa.

El muchacho apresuró el paso con visibles muestras de temor.

—Allí hay roscaderos (1), continuó el labrador, y al fin del tablar de lechugas encontrarás muchas arrancadas: media un cesto y llévalas á casa: con eso no perderás el viaje.

Benito vió ir al muchacho al sitio indicado: en seguida tomó él el mismo camino, cogió otro roscadero, y llegando á las lechugas, empezó á llenarle tambien, cargándolo al hombro, así que estuvo colmado.

Entonces reparó que Marianillo llevaba el suyo igualmente lleno.

—Descárgate de la mitad, le dijo parándose junto á él.

—Puedo con todo, contestó el muchacho con despecho.

—Y yo no quiero que puedas. ¡Oiga! A mí me gusta que cada uno trabaje segun sus fuerzas, y para eso soy el primero en dar el ejemplo: pero no quiero que nadie se mate, ni padezca: echa al suelo la mitad de las lechugas.

Marianillo obedeció: é inmediatamente despues, él y su amo alcanzaron á Margarita y á su abuela, que se dirigian hácia la alquería.

—Apretad el paso, hijo mio, que llevais carga, dijo la anciana á su yerno; nosotras tambien iremos más de prisa, para no hacerte esperar la cena.

Benito pasó, en efecto, muy delante, segui-

(1) Cestos altos y estrechos de una arroba de cabida, que sirven en Aragon para trasportar verduras y frutas.

do de Marianillo, cuya carga era muy pequeña, á pesar de su remolonería.

—Hija mia, por el amor de Dios, no des disgustos á tu padre, dijo á media voz la anciana, dirigiéndose á su nieta: hazte cargo de lo bueno que es: más que yerno, es un excelente hijo para mí: para dejarte mejorada mi hacienda, para hacerte rica, trabaja como un negro. No le apesadumbres, Margarita, y aplícate; mira que los hijos rebeldes no alcanzan bien de Dios.

Dos gruesas lágrimas se deslizaron por las mejillas de la jóven, quien, á pesar de todo, no contestó: y ella triste y su abuela pesarosa, llegaron á la puerta de su hermosa alquería.

III

La alquería de los álamos.

La casa de campo, alquería ó *torre*, como se llama en Aragon, que habitaba la anciana Cecilia con su yerno, sus dos nietas y sus criados, no podia ser más hermosa.

Situada hácia un lado del camino real, y á un cuarto de legua del vecino pueblo de Villamayor, tenia delante una especie de plazoleta, plantada de álamos blancos, antiguos, altos, y en extremo frondosos.

En diez leguas á la redonda, se conocia y amaba á la señora Cecilia y á su yerno Benito, tan dulce y caritativa aquella, tan honrado y laborioso éste, y ambos tan piadosos y buenos cristianos.

Cuando en las noches de verano, pasaba un pobre peregrino, extenuado de fatiga y de necesidad, por los campos en que dormian los segadores, y pedia algun socorro, estos le respondian:

—Buen hombre, tome Vd. de nuestro pan y de nuestra agua cuanto quiera: mas para dor-